

Clara Voghan

Volver a Empezar

Pequeños Pecados, II

edición digital



© Clara Voghan, 2007

Todos los derechos reservados.

Exp. 551460

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO V

Había cosas que de verdad exasperaban a Nicolás. Como aquel tipo, por ejemplo.

Aquella mañana había decidido tomarse la vida con calma. Ya hacían dos noches que no dormía y, para colmo, Agustina lo había obligado a empezar un nuevo período de abstinencia. Estaba harto de ella, y de todos los demás. Como de aquel tipo, por ejemplo.

Por eso había decidido dedicar el día a los deportes. Su equipo jugaba la final con los idiotas del Belgrano Athletic. ¡Años de rivalidad!. Por fin parecía que iban a vengar la derrota que le había tocado sufrir a él en la cancha, (por culpa del entrenador, por supuesto), un millón de años atrás, (cuando el rugby era su único refugio para la infelicidad).

Viajar en tren hacia el coqueto suburbio de Belgrano había sido toda una aventura, (no podía recordar la última vez que había dejado su auto olvidado en la cochera), y ahora se sentía orgulloso por haberse atrevido al transporte público. Eso lo diferenciaba de todos aquellos idiotas que

llegaban al campo de juego como cucarachas rubias: todos bajándose de sus lujosas "todo terreno", vehículos poderosos condenados, por la estupidez de sus dueños, a no conocer más que el asfalto de la ciudad.

Ahora que él también era un rico heredero, tenía miedo de convertirse en un tonto "snob", como ese maldito tipo que tenía adelante. Lo primero que le había llamado la atención de él había sido el bolso de la muchacha que lo acompañaba. Conocía muy bien ese bolso, porque era el mismo que Agustina lo había obligado a comprarle la semana anterior. Y sólo por eso, (por ser tan idiota como para gastar setecientos pesos en algo tan ridículo), el tipo le caía mal.

Pero cuando aquel fulano nefasto arrojó sin más ni más, en un prolijo cantero, la botellita de plástico que terminaba de tomar, la indignación de Nicolás llegó al máximo. Ya podía imaginarse al tipo diciendo en alguna reunión de amigos: *"estos negritos, son todos unos sucios. Por eso está la ciudad como está. Habría que matarlos a todos. ¡Así no se sale del tercer mundo!"*.

Sí, le era fácil imaginarlo, porque conocía muchos fulanos como ese, y, para su desgracia, la mayoría eran clientes de su estudio. Tipos que gritaban *"¡corrupción!"*, en cuanto los encontraban con las "manos en la masa". Gente despreciable a la que él tenía que defender porque todos tenían derecho a una legítima defensa, (en tanto pudieran pagar los cuatrocientos dólares por hora que cobraba su estudio).

Enfurecido, Nicolás se agachó, tomó la botellita de plástico, le introdujo unas piedritas para darle peso, y, rememorando sus épocas de jugador, hizo un lanzamiento que bien le hubiera valido un campeonato.

El tipo de adelante se dio vuelta confundido.

—Se te ha caído, y te la devuelvo— le gritó, mientras caminaba en forma amenazadora hacia él.

Lo que más le molestaba de ese tipo era su vestimenta. El fulano parecía un estereotipo de carne y hueso: al lado de una rubia impactante, con un bolso de setecientos pesos, con una remera Polo, zapatos náuticos, y un saquito de hilo Lacoste, anudado al cuello. ¡Patético! Y más patético aún porque era la misma ropa que él llevaba puesta, (¡excepto por los pantalones blancos!; él no era tan ridículo como para usar pantalones blancos).

—Oye, ¿qué te ocurre? —preguntó el tipo, en un hilo de voz, amedrentado quizás por la musculatura de su oponente.

Nicolás se sintió defraudado. Quería que el tipo le pegara. Quería pelear.

Pero, para su desgracia, aquel cobarde lo observó agacharse, tomar la botella, y ponerla en el coqueto bolsillo de su "Polo", sin decir ni una palabra. Ni siquiera se quejó cuando el resto de su contenido se escurrió, dejándole un grueso lamparón en su impecable atuendo.

¡Mala suerte!

Defraudado, Nicolás lo observó partir, todavía con la prueba del delito chorreando.

¡Ese era el problema con la clase alta argentina!: eran todos unos cobardes, y carecían de la cultura que da el dinero, para poder disimularlo.

En efecto, en el país no había fortunas de larga data. Los pesos pasaban rápidamente de manos, y aún los más ricos sabían que existía la posibilidad de perderlo todo al menor descuido. Y así, los millonarios locales no poseían el lustre que otorgaba el ocio. Todos estaban ocupados, aunque más no fuera como su madre, Mercedes, tratando de parecer que no necesitaban estarlo.

Y como la mayor parte de la riqueza, aquí o en cualquier parte del mundo, es generada por estafadores descarados, en el país, por ser siempre más nueva, nunca transcurría el tiempo necesario para lavar la mala sangre. Quizás por eso los ricos eran ladrones, y las muchachas de buena familia, putas.

Como Carolina, por ejemplo.

¡Maldición! Otra vez estaba pensando en ella. Por más que lo intentaba, no había forma de sacarla de su cabeza.

Sintió un golpe fuerte en la espalda que casi logró tumbarlo, y se dio vuelta, dispuesto a defenderse.

—¡Eh!... No es para tanto —gritó su agresor, esquivando el puñetazo—. Ha sido de cariño.

—¡Roberto, el lento!

—¡Nicolito, el culito!

Los dos hombretones se abrazaron, sin ocultar su emoción.

—¿Ibas a presenciar una nueva derrota?

—No, iba a ver la venganza por el partido que nos robaron.

—Entonces te dejo, porque ya está por empezar.

—¿No vienes?

—Me echaron del club en el dos mil tres, por falta de pago.

—No sabía...

—Historia antigua, ya me recuperé. Durante dos años dormí en mi Mercedes último modelo, pero al fin logré que mis clientes, (los que sobrevivieron la crisis), volvieran a confiar en mí.

—¿Quieres ir a tomar algo?

—¿Y el partido?

—Iba sólo para poder putear a unos cuantos sin que me llevaran preso. Pero si ahora estás tú...

—Sí que nos hemos trompeado tú y yo. De haber practicado boxeo, estoy seguro que no nos hubiéramos golpeado tanto.

—¡Ni que lo digas!

—Tengo que estar a las tres en lo de un cliente, y no puedo llegar tarde. Pero si quieres, puedes acompañarme hasta la avenida Cabildo.

Nicolás aceptó de buen grado. Se sentía demasiado desgraciado, y Roberto el lento era una buena excusa para convertirse otra vez en un ganador.

Durante las primeras dos cuadas, Roberto tuvo que soportar a su antiguo rival alardeando de sus éxitos financieros, (*"cobrando una herencia, ¡cualquiera!"*), pero a las dos cuadas siguientes, tomó venganza.

—Tienes mala cara, Nicolito. Apuesto a que no te debe ir nada bien en el amor... ¿Divorciado?

—Soltero.

—¿Eras "gay"?... Ahora me explico algunas de tus jugadas...

—No seas idiota. Te consta que me acosté con más mujeres que tú.

—Eso no prueba nada. Muchos dicen que atrás de todo "don Juan" se encuentra un "trollo" en potencia.

—¿Y piensas que no me casé porque soy trollo?... ¿No has tenido en cuenta que quizás sólo se deba a que soy más inteligente que el resto?

—No hay hombre inteligente a la hora del amor.

—Yo nunca dejo de serlo, enamorado o no. A mi no me atrapan con tanta facilidad. Fíjate, por ejemplo, en mi secretaria. Cinco años me persiguió, y...

—¿La dejaste?

—Estoy en eso.

—¡Qué inocente!... ¿Piensas que te va a soltar con tanta facilidad?

—Estoy seguro. Además...

—¿Además?

—Me enamoré de otra.

—Ah... Y con esa, ¿por qué no te casas?

—Es... No estoy de acuerdo con su profesión.

—¿Es médica? Mi mujer era doctora, y creo que eso nos llevó al divorcio.

—No, no es médica.

—¿Entonces?... ¿Abogada?... ¿Actriz?... ¡Put!

—¡No!, no es puta —se exaltó Nicolás—. Es licenciada en algo de la educación, pero...

—¿Pero, qué?

—Ahora necesita un dinero y...

—¡Es puta! —exclamó el otro con alegría.

Nicolás sintió unas ganas irrefrenables de partirle la cara de una trompada, pero le bastó recordar el escándalo que se produjo cuando lo había hecho por primera vez, para desistir de inmediato.

—¡Te enamoraste de una puta! —se burló su amigo, sin darse cuenta del peligro que corría—. Mira, al fin de cuentas es lo mejor que pudiste hacer. La triste realidad es que las mujeres son todas unas putas: la que no se vende por dinero, lo hace por una libreta de matrimonio. ¡Y a todos los hombres nos gustan las putas! Todos dicen: "nunca pagué por sexo", pero entonces, ¿de dónde sacan sus clientes las muchachas?... Yo sé que es mentira, porque a mí mismo me encanta acostarme con una de vez en cuando. Ya sé que con mi Mercedes, y mis músculos consigo de gratis a cualquiera, pero no es lo mismo: las "buenas chicas" son aburridas en la cama, y las "malas", están llenas de exigencias. En cambio, con una puta, el que manda eres tú. Por un poco de dinero, (mucho menos de lo que gastas en una esposa), consigues aprobación y buen sexo. ¡Créeme!, si tuviera que empezar todo otra vez, me conseguiría una "mantenida", sin dudarlo. ¡Es la única forma de encontrar la felicidad al lado de una mujer!

¿Una mantenida?

Nicolás miró a su amigo sin ocultar su confusión. De algo estaba seguro: por más que Carolina se dedicara a las "relaciones públicas", no era una puta. Al menos no de alma. Sólo necesitaba el dinero.

Y él tenía mucho dinero. Y muchas ganas de ser feliz al lado de una mujer complaciente. Una mujer invisible.

Una mujer perfecta.

* * *

—¿Te gusta Nicolás?

Al escuchar la pregunta de su jefe, Carolina se atragantó con el bombón que estaba comiendo.

—¿Cómo?

—¡Vamos, niña!... No te hagas la tonta. Supe que el tipo te gustaba desde la primera vez que te llevé a esa mansión...

—Pues supiste mal. No me gusta para nada. Es sólo mi jefe.

Tito sonrió con descaro.

—¡Vamos!... Conozco al tal Nicolás. Lo tuve más de una vez enfrente, y apenas pude evitar desmayarme. ¡El tipo es increíble!... Ochenta kilos de puro músculo, ¡y un culo!... De haber sido Victoria, yo lo hubiera elegido a él. Y no porque el demonio que le tocó en suerte no esté para el crimen, pero a mí me gustan más con cara de ángel. Y tu Nicolás...

—No es "mi Nicolás" —se enojó la muchacha—. Tiene novia, y se acuesta con ella todas las noches.

—Pero a ti te gusta. A mí no puedes engañarme.

—Me gustaba, pero ahora no.

—¿Y por qué el cambio?... ¡No me digas!: lo has visto desnudo y tiene el pito chico.

—No lo he visto des... Bueno, en verdad... No, pero... ¡No es por eso! —concluyó enojada, sin poder evitar el recuerdo de aquella imagen que todavía la perturbaba tanto.

—¿Y entonces por qué?

—No es la persona que yo pensaba. Creí que era alguien sencillo y sensible, y no lo es.

—¿Y cómo te diste cuenta? ¿Te pellizcó el culo cuando te agachaste?

La muchacha lo miró confundida. ¡Vaya imaginación perversa!.

—No... Pero cuando le dije que estaba trabajando contigo, se enfureció. Tal parece que cree que me rebajo por hacer una tarea no profesional. Y hace como tres días que casi no me habla.

—Un snob.

—Un ridículo presumido. Me duele decirlo, pero creí que era otra cosa.

—¿Y como no lo notaste antes?

—Es que, en verdad, lo conozco poco. Desde que vivimos juntos, apenas hemos cruzado palabras, y creo que por eso me hice la fantasía de que era alguien diferente.

—Te entiendo... —concluyó Tito, sin poder ocultar su propia decepción—, los hombres son todos iguales. Primero te dan esperanzas, y luego te rechazan por cualquier tontería...

—Yo no dije que... —comenzó a defenderse ella, pero luego vio la cara de su amigo y se detuvo. Al parecer estaban hablando de dos cosas distintas, pero igual de dolorosas.

—Con tu culo, yo lo enfrentaría.

—¿A qué te refieres?

—A que con ese culo maravilloso, y esa sonrisa fantástica, te puedes ganar cualquier hombre que se te dé la gana. Y este hombre en particular te gusta. Y tu le gustas a él.

—Eso no es...

—¡Tonterías! —la interrumpió Tito—. ¡Claro que le gustas! Si no le importaras, no hubiera reaccionado, ni así trabajaras de puta. ¡No seas boba, mujer! Al hombre le interesas, y mucho.

—Bueno..., ahora que lo dices, alguna vez Victoria me dio a entender que...

—Te lo dije: le gustas, ¡le encantas!... Apuesto a que muere por ti, y el pobrecito no se anima...

—¿Te parece?... Yo...

—Tendrás que ser tú la que lo encare. ¡Pero no así!..., al menos desabróchate los dos primeros botones de la blusa, por favor. Y cuando lo tienes frente a frente, ahí mismo le largas: ¿qué te ocurre conmigo?; ¿por qué me pellizcas en cuanto me doy vuelta?, ¿por qué me espías cuando me cambio?

Otra vez Carolina lo miró sorprendida. De verdad su jefe tenía una imaginación desbocada. Y sin embargo...

Sin embargo, también tenía algo de razón.

¿Qué le ocurría a Nicolás con ella?

¡Se moría por saber!, pero...

¿tendría el valor de preguntarle?

* * *

¿Tendría el valor de preguntarle?

¡Se moría por saber!, pero...

¿Cómo ofrecerle a una mujer ser una "mantenida"? Aunque fuera mucho más digno acostarse por dinero con un solo hombre que tener que andar llevando más de veinte preservativos en el bolso, no era algo fácil de pedir.

Pero, en verdad, Carolina nunca le había confesado que trabajaba de puta.

Volvió a acomodarse en el sillón. La sola idea le molestaba. Y no era por algún prejuicio estúpido, sino

porque..., porque no podía imaginarla haciendo algo así. Estaba seguro de que, de haber podido elegir, era lo último a lo que se hubiera dedicado. Su empleada no sólo era una muchacha modesta, sino también decente... Aunque se acostara con cualquiera. (¿Acaso él también no se vendía al aceptar como clientes a ladrones y estafadores? Y en su caso, ni siquiera existía la excusa de la necesidad. ¿Quién era entonces para juzgarla?).

Y más allá de eso, el saberla en brazos de otro, (dinero o no de por medio), lo sacaba de quicio. Tenía que, de cualquier forma, rescatarla de esa vida. Protegerla...

Y quedarse con ella para siempre.

Cerró los ojos, complacido.

Pero...

¿Tendría el valor de preguntarle?

El ruido de la puerta de calle lo distrajo de sus pensamientos. ¡Las tres de la mañana!

—¡Nicolás!... ¡Me asustaste!... ¿Qué haces aún despierto? —preguntó la mujer de sus desvelos, que lo miraba desde la puerta de calle como si se tratara de una aparición.

De inmediato su jefe se puso de pie, y comenzó a aproximarse hacia ella. Carolina temblaba, mientras su cabeza daba vueltas y su corazón latía con fuerza. Le quemaba la cercanía de aquel hombre.

Por un segundo quedaron enfrentados.

Fue un segundo.

—Yo... Estuve pensando... Yo quería.... —alcanzó a decir él.

Pero se detuvo.

Carolina lo estaba observando con sus grandes ojos negros, turbada e indefensa.

—Tú querías... —lo incentivó ella.

—Quería... Yo pensé que... Es mejor...

—¿Sí?

—Que sirvas el desayuno un poco más tarde. Estás llegando de madrugada, y...

—Gracias —le respondió con simplicidad.

Y soltándose de aquella mirada que la atrapaba, se dirigió hacia las dependencias de servicio.

¿Qué le ocurría a su jefe con ella? Podía sentir la tensión entre los dos. Podía intuir que había muchas cosas que él no se atrevía a decirle.

Estaba a punto de abandonar la sala cuando se arrepintió.

—Nicolás... —lo llamó, en un tono apenas audible.

Él la contempló, casi agradecido.

Entonces Carolina inspiró, tomó valor de donde no tenía, y, sin pensarlo, hizo la pregunta que la atormentaba.

—¿Qué te ocurre conmigo?

Por un segundo él clavó sus bellos ojos, de un castaño clarísimo, en ella, y la muchacha se conmovió.

Pero, para su desgracia, bastó esa mirada para acobardarla.

—Me refiero a que si estás conforme con mi trabajo aquí. O prefieres... —aclaró, tratando de oscurecer.

—¿Quieres renunciar? —preguntó asustado.

—No... ¿Tú quieres despedirme?

—¡No! Quiero que dejes tu otro trabajo. Estoy dispuesto a darte todo el dinero que...

—Por favor, no me ofendas.

—Es lo último que quiero hacer. Pero con tu actitud me lastimas.

—Es lo último que quiero hacer.

—Carolina, yo...

—¿Sí?

Se miraron por un segundo. Un brevísimo segundo. Pero un segundo tan intenso que les dio vértigo a ambos.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

"¡Qué cobarde soy!", pensaron al unísono.

Pero ninguno de los dos tuvo el coraje de decirlo en voz alta.

* * *

—Thank you, very much.

Si había algo bueno en ese trabajo, era que Carolina podía practicar los idiomas aprendidos durante los seis meses que había vivido en Europa, (cuando todavía pensaba que el dinero no iba a acabarse nunca).

Era curioso como, de la misma manera en que jamás encontraba valor para hablar de sus sentimientos con aquellos que amaba, tenía una facilidad increíble para comunicarse con los extraños. No sólo le era simple, sino también placentero. El saber que estaba satisfaciendo una necesidad ajena, la hacía feliz. Claro que, a veces, tanta simpatía llevaba a uno que otro malentendido. Así, eran bastantes los turistas que le dejaban tarjetas con el número de su cuarto de hotel; y al fin de cada día, no era raro que terminara recibiendo un par de ramos de flores, que jamás llevaba a casa.

Incluso muchos comentaban acerca de la vez en que un conocido cantante del Reino Unido, de baile sensual y voz susurrante, había tenido el atrevimiento de enviarle un

pequeño colgante de oro que, por supuesto, la joven había devuelto de inmediato al remitente.

Lo curioso era que, por más que las demás muchachas en el local eran tanto más bonitas, y estaban vestidas en forma más provocativa, sólo ella concitaba ese tipo de atención.

"Se ve que en Europa y en Estados Unidos están acostumbrados a las mujeres gordas", solía pensar Carolina, para justificar tan inexplicable atractivo.

En los dos meses que llevaba trabajando allí, una sola vez un tipo se había pasado de la raya. Por fortuna, incluso sus mismos compañeros de mesa habían corrido en defensa de la encantadora joven.

Pero aquella noche en particular, ya era la tercera vez que un turista abandonaba a los demás comensales, para conversar en francés con la hermosa maîtresse. El vocabulario de la joven en ese idioma, mayormente aprendido en el liceo, era escaso, pero eso no impedía que el tipo insistiera con la charla. Era un muchacho posiblemente más joven que ella, (¿quién no lo era?), que se movía por la vida con la confianza de quien sabe que le basta con entrecerrar sus bellísimos ojos azules, para capturar la atención de cualquier mujer. Pero Carolina era inmune a su encanto. Lo trataba con cortesía, sí, pero sin verlo. Y es que desde la noche anterior que no podía sacarse a Nicolás de la cabeza. Todavía le quemaba su proximidad. Y a la vez la enojaba que insistiera tanto en que abandonara aquel trabajo extra.

¿Qué pretendía? ¿Tenerla encarcelada en la mansión, mientras él disfrutaba de su novia en los pisos altos?

El francés se acercaba con encanto, mientras susurraba frases dulces al oído de la muchacha. Ella le devolvía la sonrisa. Pero, en su interior, el encono por Nicolás crecía.

Y entonces ocurrió.

Lo imposible. Lo impensable.

Entrando por la puerta del bar, Nicolás y Agustina se estaban dirigiendo al restaurante.

Sin pensar en el ridículo, Carolina dejó a su admirador importado en medio de una frase, y se agachó para ocultarse tras su coqueto atril.

—Oye, ¿qué te ocurre? ¿Por que te has puesto así?
—preguntó el francés intrigado, en un castellano más que fluido.

—Creí que sólo hablabas francés.

—Lo hago cuando quiero ligar a alguna argentina. A ustedes cualquier palabra en mi idioma les parece de amor, aunque las esté mandando a la mierda.

—Muy inteligente de tu parte. Pero, ¿podrías dejar de hablarme y agacharte hacia mí? Trato de que no me vean.

—¿El fulano de traje Armani, con la rubia espectacular?

—Sí, el tipo de traje claro.

—Lamento decirte que se dirige directamente hacia aquí, y alguien va a tener que acomodarlo.

Desde su escondite, la muchacha comenzó a chistar.

—¿Te escondes, y ahora lo llamas?

—¡No es a él! Es a Tito, el dueño del local.

—¿El "trollo" vestido de blanco?

—Veo que tienes un vocabulario muy florido en "argentino".

—Trollo, mierda, puta y boludo es lo primero que se aprende en cualquier lengua. ¿Quieres que lo llame?

—Por favor.

Obediente, el francés se acercó a Tito, que primero lo contempló arrobado, y luego hizo una mueca de sorpresa.

—¡¿Qué haces aquí?! —reconvino a su empleada, mientras se agachaba por encima del atril.

Era curioso observar a aquellos dos hombres, hablándole al vacío.

—Mira hacia el bar —susurró la muchacha.

—¡Mi Dios! ¿Qué estás esperando? Ve a recibirlo... ¿Esa es la novia? Con razón no he conseguido agua oxigenada. ¡Ella se la ha echado toda encima!

—A mí me parece rubia natural —aportó el francés.

—No voy a darle el gusto a ella de que me vea aquí. ¡Me muero antes de hacerlo! —suplicó Carolina—. ¿No podrías ir tú por ellos?

—¿Entonces no piensas trabajar por el resto de la noche?

—No. Simplemente te pido que los acomodes en el "privado", y luego me avises cuando estén por irse. ¡Vamos!... Es un cliente especial, y tú siempre haces eso con la gente importante.

—¿Expósito? Él no es importante. Lindo, sí, pero no importante.

—¡Porfi...! —suplicó la muchacha en la media lengua que usaban sus jóvenes alumnos.

—¡Ay, Caro!, ¡qué mal acostumbrada te tengo! —se quejó Tito—. Está bien, voy a pedirle a Claudia que haga tu tarea para ellos —refunfuñó, antes de alejarse.

El francés, por el contrario, permaneció firme en su puesto.

—¿Es tu "ex"? —preguntó, asomándose con descaro.

—Por favor, no me hables —se desesperó la joven—. Al menos hasta que estén lejos de mí.

Justo en ese momento Nicolás y Agustina pasaban cerca del atril, aparentemente vacío.

—Aquí no hay nadie —dijo el francés a Nicolás, al notar su mirada extrañada.

Por un momento ambos hombres se midieron con aquella rivalidad instintiva que sólo podían tener dos machos jóvenes. Pero de inmediato el abogado y su novia desaparecieron tras una gruesa puerta de madera.

—Ya se fue —avisó el cliente, agachándose por última vez.

—Gracias —replicó Carolina, mientras trataba de recuperar algo de su compostura perdida.

—¿Es tu "ex"?

—Es mi jefe.

—¿Y por qué no quieres que te vea?

—Es largo de explicar.

—Ah, ya entiendo.

—¿Qué cosa?

—Que tu jefe te gusta.

—¡No!

—Nadie se toma tantas molestias por un jefe.

—Es que es un snob, y cree que me estoy degradando con este trabajo.

—Entiendo... Eso, y que además te gusta.

—¡No!

—¿Sabes?, mañana regreso a París. Tengo dos reservas para el restaurante Jules Verne. ¿Lo conoces?

—¿Te refieres al que está en la parte más alta de la Torre Eiffel?

—El mismo. Hay que solicitar turno con un año de antelación, y sólo se accede a través de un ascensor privado.

—Te envidio. Eres muy afortunado. París en esta época del año es espléndida.

—Puedo compartir mi fortuna contigo. Si quieres acompañarme, en primera clase hay vacío un sitio junto al mío. Llegamos; nos tomamos un tiempo para hacer algunas compras, y así poder vestir a tono con el lugar; descansamos un poco; y nos preparamos para una velada inolvidable.

Lo peor de todo era que el tipo hablaba en serio. Tenía un TAG Heuer en la muñeca, un traje impecable, y unos lentes de sol que debían costar lo que ella ganaba en dos años. Alguien le había contado que, a pesar de su juventud, era un poderoso empresario de la aeronavegación.

Por un momento Carolina pudo sentir París en primavera. Las flores, los olores, las luces. El vértigo de la gran torre.

¡Fabuloso!

En Buenos Aires, en cambio, la proximidad del otoño, con los últimos días de calor sofocante, y una humedad que se metía en los huesos, era deprimente.

—Y lo mejor de todo —insistió aquel hermoso galán—. En cuarenta y ocho horas podrías estar de nuevo aquí. Nadie tendría que enterarse. Sólo tú y yo.

La muchacha sonrió con encanto.

Cualquier mujer soltera, joven y racional no hubiera dudado en aceptar. Y por eso Carolina no dudó. Se negó rotundamente. Después de todo ella no era racional, ni joven, ni se sentía soltera.

El francés no se inmutó por su rechazo. Como hombre de mundo sabía que para ganar la guerra había que estar dispuesto a perder muchas batallas. Y por una que se negaba, otras cien aceptaban complacidas.

Aquel galán increíble volvió a su mesa con docilidad. Carolina aprovechó entonces para pasar el resto de la noche prodigando las sonrisas por las que era tan bien paga, sin perder por ello de vista la puerta cerrada del reservado.

Cuando ya era la una de la madrugada, Tito se acercó al atril de la muchacha para alertarla.

—Han pedido la cuenta —le susurró como quien pasa una clave secreta.

De inmediato la joven corrió hacia la zona de lavabos, dónde planeaba encerrarse por algunos minutos. Y en eso

estaba, atravesando un largo pasillo vidriado cuando, por un juego de espejos, vio la figura de Agustina avanzando directamente hacia ella. Con las mejillas arrebatadas, sólo atinó a darse vuelta con rapidez, a fin de evitarla.

Y entonces ocurrió.

Frente a ella, Nicolás la observaba atónito.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó acusadoramente.

Carolina se indignó por su tono. Al fin y al cabo, ella no tenía ni novio, ni marido, ni amante a quien rendir cuentas.

—Trabajo en el restaurante —lo enfrentó, fingiendo seguridad.

Y todo fue para peor.

La muchacha ensayó un gesto relajado, tratando de apoyarse en la pequeña mesa que tenía cerca, pero, para su desgracia, alguien había olvidado allí una bandeja que voló, junto con dos vasos llenos, por los aires.

Por un segundo las miradas de Carolina y Nicolás coincidieron en aquel vuelo esbelto del líquido, para luego contemplarlo caer en el pantalón impoluto, (y claro), de Nicolás, (un regalo de Agustina, por supuesto).

Espantada la joven se arrodilló tratando de limpiar la entrepierna mancillada, y entonces su jefe tuvo la respuesta que había estado buscando desde la primera vez que la viera en la mansión.

—¡Eres esa maestra!

—¿Cómo?

—La maestra del niño lleno de mocos, en la plaza... ¡Eres ella! ¡Sabía que te había visto antes!

—¡Sí!, lo soy, ¿y qué? ¿También te parece inadecuado que trabaje como maestra jardinera?— refunfuñó la joven, desde su incómoda posición.

Y entonces él, sin lógica aparente, y como si se estuvieran ocultando de alguien, también se agachó, y comenzó a susurrar.

—¿Aquí atiendes a "tus clientes"?

—No son mis clientes, son los del restaurante —aclaró ella, también en voz baja.

—¿Es aquí adonde te proveen de contactos?! —gritó en voz apenas audible Nicolás, escandalizado.

—¿Qué contactos?

—Para tus "relaciones públicas".

—Está bien —confesó la muchacha, avergonzada—, te mentí. No hago relaciones públicas. Yo trabajo de...

¡Al fin! Nicolás se sintió aliviado. De una vez por todas iban a hablar frente a frente de todo el asunto, (aunque también de rodillas, y en voz baja).

—Yo trabajo de... —repitió la joven. Y las palabras se le ahogaron en la garganta.

—No import... —comenzó a consolarla él, pero al escuchar el final de la frase se detuvo a tiempo. (¡Menos mal!).

—... de maître.

—¿Cómo?! —gritó un alelado Nicolás, olvidando todo decoro.

Pero no pudo escuchar la respuesta a su pregunta.

—¿Qué mierda están haciendo?! —aulló Agustina, que los miraba en forma amenazante desde la totalidad de su metro ochenta (metro setenta, más diez de tacones).

Atrapados, jefe y empleada intentaron ponerse de pie a un tiempo. El resultado fue bochornoso: sólo lograron caer ridículamente uno sobre el otro, para divertimento del dueño del local, (atraído hasta allí por el escándalo), y enojo de la "tercera en discordia".

—¡Ay, Carolina! ¡Eres una verdadera plaga! —repetía Agustina, mientras ayudaba de mala manera a aquella rata, para que se saliera de arriba de su novio—. Adonde voy, estás en el medio.

—¿Tú eres la maître aquí? —preguntó Nicolás, todavía incrédulo, al ponerse de pie.

—Y excelente, por cierto —se entrometió Tito, con una voz varonil y segura que su joven empleada nunca le había escuchado antes—. ¿Algún problema con eso?

—¿Te conozco? —lo enfrentó Nicolás.

—Soy el dueño del establecimiento, y Carolina es mi empleada.

—También es la mía.

—Pero en este restaurante, y en horario de trabajo, yo soy su único jefe.

—¡Ahora sé de donde te conozco! Tú eres el del auto azul que la trae todas las noches —recordó al fin.

Tito se limitó a mirarlo con odio. Se sentía ofendido. Durante los dos últimos años, se habían encontrado al menos cinco veces en la oficina de Victoria. Pero al parecer un "gay" como él no era tan importante como para llamar la atención del idiota de Expósito. Así que entrecerró sus ojos con recelo, y contestó:

—¡Sí! Yo soy el del auto azul. ¿Algún problema con eso?

El jefe de Carolina enfrentó al jefe de Carolina como todo un hombre, (que era la forma en que se comportaban los gays como él cuando estaban muy enojados).

—¡No! —respondió su contrincante, aunque su gesto y su actitud decían a las claras lo contrario.

Agustina aprovechó entonces para separarlos.

—¡Vamos! Se ha hecho tarde —le reclamó a su novio.

Pero Nicolás hizo un último intento, sin resignarse a perder a Carolina, ahora que la había encontrado:

—¿Quieres que te espere hasta tu horario de salida?

Antes de que la joven pudiera contestar, resonó la voz chillona de Agustina.

—¡¿Estás loco?! ¡¿Acaso te has convertido en un auto de alquiler?! —le reprochó a su amante.

—A Carolina la llevo yo —insistió Tito con autoridad, mientras se enfrentaba a la pareja con una masculinidad nueva, pero que le sentaba de maravillas. (Y es que Tito era ese tipo de homosexual que hacía exclamar a toda mujer que lo conocía: ¡qué desperdicio!).

Pero a pesar de semejante derroche de testosterona, Nicolás no se dejó intimidar, y sólo aceptó salir de allí arrastrado por su novia, mientras en su interior se hacía la firme promesa de que algún día iba a "surtir" a aquel fulano.

Una promesa que terminó cumpliendo.

* * *

—¿Por qué estás de tan buen humor?

—Por nada.

Pero Agustina no era tonta. Desde hacía casi dos meses que su novio se arrastraba cabizbajo por los rincones, y ahora, con un simple encuentro con esa mierdita que trabajaba en su casa, ¡zas!, ¡Cómo unas pascuas!.

La muy "turrita" le estaba haciendo "la cama". Una trampa para quedarse con Nicolás...

Lo de ellos era un triángulo a voces. De seguro todavía no se habían acostado, (pero no por falta de ganas, sino gracias a la estrechísima vigilancia a la que los sometía).

Cada día sus posibilidades de retener a Nicolás se hacían más y más remotas. ¡Y para colmo estaba ovulando! (Por última vez, antes de que se cumpliera el plazo).

¿Qué mierda ocurría con esos forros en los que había invertido una pequeña fortuna?

Y entonces tuvo un mal presentimiento.

Esperó a que Nicolás fuera al cuarto de baño, y revisó el cajón de su mesita de noche.

¡Mierda!

Aquellos condones, a diferencia de los que ella había comprado, tenían una fecha de elaboración reciente.

¡Mierda!

Escuchó el ruido de la descarga del excusado.

¡Mierda!

Desesperada se sacó el aro que pendía de su ombligo, del tipo pasante, y usó el extremo aguzado para perforar con furia los malditos condones.

La puerta del baño se estaba abriendo.

¡Mierda!, ¡Mierda!, ¡Mierda!

—¿De verdad tienes ganas? Porque justo hoy yo...
—comenzó a disculparse Nicolás.

—No seas idiota, mi amor... —respondió ella de inmediato, capturándolo—. Mi tiempo se acaba, y tengo que aprovecharlo.

* * *

¿Era impresión suya, o en el desayuno Nicolás le había sonreído?

¿Quién entendía a los hombres!

Los primeros tiempos que había trabajado en la mansión, su jefe había sido maravilloso con ella, tratándola siempre con respeto y encanto. Luego Carolina había tenido que soportar dos meses de tormenta: malas caras, enojos injustificados, y silencios agobiantes. Y ahora, justo cuando la joven se preparaba para lo peor, luego de aquel indeseado encuentro en el restaurante, el buen humor de Nicolás había regresado.

¿Quién entendía a los hombres?

Olió la camisa que estaba planchando y la tiró nuevamente a la pila del lavado. El perfume de la novia de su jefe era tan persistente, que quedaba aferrado a él.

Y no era lo único.

Tomó otra camisa, y como medida preventiva, la olió. Y esta vez se dejó atrapar por su fragancia. Era el aroma de él: dulce y fuerte a la vez. Cautivante...

¿Qué le estaba pasando?!!!!

Desenchufó la plancha con enojo. ¿Qué necesidad tenía de ocuparse de la ropa de un hombre que no le pertenecía, ni le pagaba por hacerlo? ¿Qué lógica había en perderse en la fragancia de sus camisas; o en la dulzura de su mirada; o en la fuerza de sus brazos, cuando él se dignaba acercarse?

La suya era una pasión sin esperanzas. Y mientras ella se contentaba con amarlo en silencio, él hacía gritar a otra en su cama.

Se sintió miserable, sola, estúpida.

Como siempre.

—¡Fuiste tú, hija de mil putas!

Carolina no tuvo que darse vuelta para saber de inmediato quién le estaba hablando.

—A pesar de que a su lado pareces una estúpida vaca vieja, todavía tienes esperanzas de conquistarlo... ¡Sí que eres una ilusa!

—No lo hice por él —respondió Carolina, sin molestarse en fingir que no sabía de lo que le estaba hablando.

—Pues si crees que con esto has conseguido cagarme la vida, estás muy equivocada. ¡Mírame cuando te hablo, vaca vieja!

Carolina se dio vuelta para enfrentarla. Pero su actitud no era altiva, sino conciliadora. Era evidente que Agustina estaba sufriendo, y ella no soportaba el dolor de nadie.

—Escucha: no los cambié por él.

—Confirmado entonces: sólo querías joderme a mí... ¡Ahora entiendo! Por eso me estabas controlando.

—¡No! Yo nunca te controlé. Te vi por accidente. Llegaste aquella tarde sin hacer ruido. Como hoy, te metiste sin llamar. Si lo hubieras hecho, jamás me hubiera atrevido a subir. Pero como desconocía tu presencia en la casa, al escuchar los ruidos pensé que podía ser un ladrón, y subí para controlar.

—Y entonces te quedaste espiándome.

—No fue mi intención. Pero en vista de lo que pensabas hacer, no me arrepiento.

—¡Y todavía lo dices, pelotuda de mierda!

Enfurecida, Agustina arrojó sus cincuenta y dos kilos de peso, su metro setenta más diez de tacones, sus pechos de siliconas, y su bronceado de cama solar, sobre la robusta anatomía de su oponente, sin medir las consecuencias. Y

como no tenía demasiadas fuerzas, (apenas si había comido desde los últimos... diez o quince años), sólo atinó a encaramarse a las largas trenzas de su rival.

Carolina intentó defenderse, pero al primer tirón de cabello se quedó con un mechón de las prolijas "extensiones" que llevaba Agustina. Para su fortuna, las uñas acrílicas de ella se soltaban antes de producir algún daño en su piel, por lo cual no tardó más de cinco minutos en imponerse a su contrincante. (¡Al fin servía de algo tener dos kilos de más!).

—¡Agustina! —intentó hacerla razonar, mientras se alejaba de su alcance.

Su rival la escuchó en silencio, (pero sólo porque se había quedado sin aire, a causa del hermoso corsé de encaje que llevaba puesto aquel día)

—Agustina, créeme..., no lo hice por él. Lo hice por el bebé.

—¿Qué bebé?

—Tu hijo. Ese al que le quieres dar un padre que no lo desea.

—¿Piensas que soy tan estúpida como para...

—De verdad lo hice por él... Aunque de alguna manera también lo hice por mí. Yo soy el resultado del último intento de mi madre por salvar su matrimonio. Yo soy una hija no deseada.

—¡Pobrecita!

—¿Sabes lo que es crecer sabiendo que tu padre no te quiere? ¿Qué te ha abandonado?

—Nicolás nunca abandonaría a su hijo —replicó, mientras trataba de recuperarse para continuar la pelea.

—Hay muchas formas de abandono. ¿Sabes lo que es crecer sabiendo que tu padre no te ama? Ver cada día a tus compañeros de escuela recibiendo besos cariñosos, y preguntándote que hiciste de malo tú para no merecerlos. Y cada maldito año que doy clases veo mi dolor en otros ojos. Son los chiquitos no queridos, los olvidados por los padres. Son los hijos trofeos, (¡cómo no vas a tener un hijo, si todos lo tienen!), o los que se usan como botín de guerra, (¡es mi hijo, y lo crío yo!). Son los que pasean de casa en casa los fines de semana. Son los que siempre parecen estar molestando. Los que nunca pueden hacer lo correcto, en el momento adecuado... Y ese maldito dolor se arrastra para siempre... ¿Eso quieres para tu hijo?

Carolina no esperó la respuesta. Un sentimiento profundo de desesperanza la agobiaba, obligándola a bajar la cabeza para ocultar las lágrimas.

Fue un segundo.

Y bastó ese segundo para que Agustina, incapaz de entenderla o perdonarla, loca de furia por las oportunidades que había perdido, tomara un cuchillo olvidado sobre la mesa, y se lo clavara sin piedad.

Y entonces ocurrió.

* * *

—Entonces es un hecho. ¡Felicitaciones!

Luego de cuatro horas de extenuante lucha, finalmente se había llegado a un acuerdo en la venta de la maderera.

Obviamente Nicolás era más afortunado en el trabajo que en la cama. La noche anterior, luego de cuatro horas de extenuante lucha sexual, todavía no había logrado satisfacer el apetito desquiciado de su novia. Cuando estaba "en esos días" era incansable.

Por fortuna el reloj apenas marcaba las cinco de la tarde, y ya estaba libre. (Del trabajo, y de Agustina, que, por algún extraño motivo, había desaparecido).

¡Quince días! Faltaban sólo quince días para lograr su tan ansiada libertad.

Quince días, y Agustina iba a pasar a formar parte de un pasado remoto.

Quince días, y entonces sí podría conquistar a su mujer perfecta.

Claro que estaba ese fulano del restaurante, pero...
¡Hasta marica parecía el tipo!

Y pensar en Carolina lo hizo sentir un deseo irrefrenable de estar junto a ella.

Las cinco de la tarde...

Cuando quiso acordarse, ya estaba entrando a su casa. Aunque más que entrar, parecía estar colándose en ella.

Quería sorprenderla. Quería capturarla en un segundo de esa intimidad que le parecía tan deliciosa.

Se deslizó por la sala rumbo a la cocina, pero un grito agudo lo obligó a detenerse.

Con cuidado de no ser visto entreabrió la puerta.

Y entonces su corazón se paralizó.

Le pareció extraño escuchar de boca de otro las palabras que él nunca se hubiera animado a pronunciar. Le resultó conmovedor compartir con alguien aquel dolor tan profundo del abandono. Quizás por eso la amaba tanto. Porque los dos tenían la misma historia: todo ese miedo y frustración. Pero, ¿por qué Carolina le estaba contando esas cosas a su secretaria? ¿Qué hacía allí Agustina?

Y luego vio el resplandor del filo del cuchillo.

Y después la sangre.

* * *

No fue difícil para Nicolás desarmar a Agustina. Lo difícil fue calmarla. Primero quería seguir golpeando a su oponente, aún a mano desnuda. Pero al darse cuenta de que Carolina estaba bañada en sangre, la furia dio paso al pánico, y luego a la histeria.

—¡No quise lastimarla! —gritaba una y otra vez.

Por su parte, Nicolás también estaba conmocionado.

Así que tuvo que ser la misma Carolina la que pusiera orden. Como docente, estaba acostumbrada al caos que seguía a un corte, o a un miserable raspón. Pero, aunque no podía verla, sabía que su herida era mucho más que eso, ya que estaba sangrando profusamente.

—Agustina —ordenó con voz tan calmada como firme—, llama al número que está anotado en el refrigerador y pide una ambulancia. Nicolás, alcánzame esa toalla limpia, y quédate cerca de mí porque creo que voy a desma...

Pero no tuvo tiempo de terminar la frase.

La noche acababa de llegar, y venía a buscarla.

* * *

—No es un corte grande, pero llegó hasta el hueso. Si en vez de pegarte en la frente, te hubiera clavado el cuchillo en el pecho, esto sería una tragedia. Tienes que hacer la denuncia de inmediato.

—No, doctora. Ya le he dicho que fue un accidente.

—Tengo la obligación de reportar...

—Fue un accidente.

—La única forma en que esto podría haber ocurrido por accidente es si tú fueras lanzadora de cuchillos. Y dudo que ese sea el caso.

—Los guardo alto. Quise sacar uno, y voló por el aire.

—Denúncialo antes de que sea tarde.

—¿A quién?

—A tu marido, o quien fuera el tipo ese que me abrió la puerta.

—No, no lo hizo él... Mejor dicho, no lo hizo nadie. Nicolás es sólo mi jefe.

—Como quieras... Pero algo me dice que esta no va a ser la última vez que visite tu casa —vaticinó con voz lúgubre la joven doctora.

Y el tiempo le dio la razón.

* * *

Prácticamente Nicolás se había fugado del estudio. Allí, con la ausencia de Agustina, todo era caos y confusión. Y, para colmo, no había podido dormir.

Luego de lo ocurrido, había tenido que resignarse a pasar la noche lejos de su mujer perfecta, (o lo que quedaba de ella). La doctora había insistido para que la paciente quedara toda la noche internada, ya que, debido a la pérdida de conocimiento, consideraba oportuno mantenerla bajo control algunas horas. Preocupado, Nicolás le había implorado para que lo dejara acompañarla. Pero la dama se había mostrado inflexible: las reglas del hospital eran claras. ¡Nada de visitas fuera del horario!.

Ya casi eran las seis, y no veía la hora de volver a casa para poder atenderla, y hacerse cargo de ella, (de allí en más, y por el resto de su vida). Pero al abrir la puerta, se sorprendió al ver el jardín de invierno iluminado. Allí, Carolina le hablaba a alguien. Se acercó un poco más para entender lo que decía. Y entonces su corazón se paralizó.

—Sí que eres un hombre fuerte... —susurraba la muchacha con dulzura—. Y hermoso. Me quedaría toda la tarde mirando tus ojos claros...

¿¿Quién...?!!!

Nicolás entró sin más, dispuesto a lo peor. Si tenía un rival, quería conocerlo cuanto antes.

Pero, para su sorpresa conocía demasiado bien a aquel hombre. Ya lo había visto muchas veces: era Gabriel, el pequeño hijo de Victoria.

Sentada en el piso, con sus largas trenzas y el vendaje de la frente oculto tras un improvisado flequillo, Carolina sostenía al pequeño que bailoteaba feliz en su regazo.

—No debes hacer el esfuerzo de sostenerlo —le reprochó con dulzura Nicolás a su empleada, mientras le sacaba al bebé—. Este señor hermoso es también muy pesado.

—Como todos los hombres —bromeó ella.

—¿Están solos?

—Victoria ha salido un momento, y nosotros aprovechamos para jugar a la pelota, ¿no es cierto, Gaby?

Sentada todavía como india, sobre el piso fresco, la muchacha comenzó a arrojar la esfera al aire.

Nicolás se acomodó a su lado, con Gaby en los brazos. El pequeño estaba encantado por el movimiento del brillante balón púrpura. El grande, en cambio, simplemente estaba encantado.

—¿Eres buena jugando a la pelota?

—¿Te burlas?... Después de tantos años en jardines de niños, soy una experta. Imposible que la deje caer.

—No te lo creo.

Y entonces ella le arrojó el balón a la cara. Gabrielito palmeaba feliz, mientras su padrino continuaba el juego. Por un buen rato la pelota fue y volvió. Y cada atrapada iba seguida de una mirada tan larga e intensa que, de haber sido un poco más grande, hasta el niño se hubiera ruborizado.

Fueron muchos segundos. Y hubiera podido ser toda la noche, de no haber sonado el timbre de la puerta de calle.

Nicolás cedió la pelota al bebé, que comenzó a chuparla, mientras él se dirigía a atender.

—... estuvo conmigo toda la tarde. ¡No me dejó trabajar!... Estaba como loca —La voz de Victoria se iba acercando—,... y cuando me contó la historia de los

preservativos, yo no lo podía creer. De verdad has hecho muy bien Carolina al cambiarlos... —concluyó, ni bien llegó a la cocina.

Y entonces, (¡recién entonces!), en la cabeza de Nicolás se hizo un "clic". Se sintió estúpido por no haber entendido antes. ¡Claro! Por eso la pelea entre su secretaria y su empleada. Por eso los ciclos de abstinencia y locura. ¡Por eso los preservativos en el bolso de Carolina! ¡Qué idiota! ¿Cómo él, un hombre entrenado para desconfiar del prójimo, para conocer las intenciones más secretas de otro individuo con sólo mirarlo a los ojos, no se había dado cuenta desde un principio de lo que estaba ocurriendo en su misma cama? ¿Abandonaba en su vida privada toda esa perspicacia que lo hacía lucir en los Tribunales?

Sí, para que negarlo. Cuando se trataba de mujeres o sentimientos, el inteligente doctor Expósito daba paso a "Nicolito el culito", el niño que festejaba cada victoria con alboroto, y la emprendía a los golpes ante la menor derrota. Su mente era la de un adulto, pero su corazón...

—Valerse de un bebé para hacer trampa es lo más indigno en la vida... —respondió la joven con simpleza.

—Pero ella está convencida de que tuviste otros motivos menos altruistas para interponerte en sus planes —dijo Victoria, mientras clavaba una mirada acusadora en su amigo.

Carolina se ruborizó con violencia, pero Victoria, indiferente a sus sentimientos, (o quizás porque los conocía muy bien), continuó con su idea:

—Ella se sintió traicionada por su novio, pero la emprendió contigo... Le he advertido una y mil veces a Nicolás que no debe jugar con los sentimientos de una mujer. Pero él insiste en no hacerme caso.

Y esta vez dirigió los dardos de su mirada hacia la perturbada muchacha.

—... Lo que es ridículo, es que todavía consiga candidatas para su tortura.

—Yo no torturo a nadie —se defendió él.

—Para una mujer, amar sin que el otro se comprometa con ella, es una verdadera tortura. Nuestra entrega es siempre muy intensa y desesperada, y no es bueno jugar con nuestros sentimientos.

Por un momento los tres callaron, convencidos, cada cual a su manera, de la verdad de esas palabras. Pero de nuevo el timbre los sacó de sus cavilaciones.

—Ese es Samuel, que viene a buscarnos. ¿Vamos con un sólo auto, no?

—¿Adónde? —se extrañó Nicolás.

—¡Lo olvidaste! Hoy es la cena en casa de los Martínez Pacheco.

—Pues yo no pienso ir —se defendió el dueño de casa—. Voy a quedarme aquí, con Carolina.

La joven se ruborizó más aún, y por un momento se miraron, incómodos.

—... por si necesita algo. El médico habló de cuarenta y ocho horas de observación, y apenas han transcurrido veinticuatro.

—Eso es una tontería. ¡Me siento perfectamente! Puedes ir adonde quieras, porque no te necesito.

Jefe y empleada discutieron brevemente, bajo la atenta mirada de Gabrielito. Pero cuando Victoria regresó al cuarto con su marido, fue ella misma la encargada de resolver el conflicto.

—Carolina puede acompañarnos. Tú la vigilas, y ella descansa.

—¡Imposible!

—¡Perfecto! -exclamaron ambos oponentes al unísono.

La muchacha estaba escandalizada ante la perspectiva de tomar el lugar de Agustina en una mesa extraña. Nicolás, en cambio, se sentía fascinado por aquella transición que en su mente ya era una realidad.

—Se trata sólo de una cena entre amigos. Los dueños de casa son un poco pesados, pero simpáticos —tranquilizó Victoria a Carolina.

—¿También irán Tití y Paco?

—De seguro.

—No los soporto —fue el escueto comentario de Samuel a su mujer.

—El reposo de Carolina nos dará la excusa perfecta para huir de allí cuanto antes. Será breve —prometió Victoria a su marido.

—Eso espero.

—Yo también.

—Yo también.

Sí, cada uno de los cuatro comensales quería regresar a casa cuanto antes. Pero cada uno de ellos, por motivos muy distintos.

—Vamos entonces, antes de que Samuel se arrepienta. Tengo en mi bolso la comida para Gaby, ¿y tú, Carolina, ya has avisado que esta noche no vas a trabajar?

—Tito es un encanto, y me ha dado dos noches libres.

—Sí, es muy buena persona.

—Ya lo creo. Anoche, cuando se enteró, corrió hasta el hospital, y pasó el resto de la velada conmigo.

—¿Cómo?! —exclamó Nicolás, enfurecido—. A mí me echaron de allí, ¿cómo pudo el idiota de...?

—Tito tiene formas de conseguir aquello que se propone. ¡Es irresistible! —acotó Victoria, jugueteando con la reacción que sus palabras tenían en su estúpido amigo.

—¿Tú lo conoces? —se sorprendió Nicolás.

—Lo suficiente —ronroneó su amiga, mientras su marido la observaba sin entender—. Toda mujer recuerda a un hombre así —concluyó, con una sonrisa pícaro en los labios.

"¡Tito!", se quedó rumiando Nicolás, mientras para sus adentros no veía la hora de que esa cena acabara, para que su vida, finalmente, pudiera empezar.

* * *

—No, de verdad, lo que más odio es cuando deja la maquinita de afeitar en la bañera. Inevitablemente se cae, y esas malditas cuatro hojas terminan bajo mi pie.

—Si estuvieras en mi casa, igual no podrías cortarte. Tití usa mi afeitadora para sacar las motas de los sweaters de lana, y luego la devuelve a su lugar, como si tal cosa.

—¿Sirve para la lana? —se entusiasmó la anfitriona.

—¡Te deja las prendas como nuevas! —aseguró su amiga, con el entusiasmo que siempre la caracterizaba.

—¡Lo último que me falta! ¡Que desafilés mi máquina de afeitar!

—Así al menos no me cortaría cuando la dejas por allí.

—La dejo por allí para recordarte que las mujeres también se afeitan. A veces, en la cama, me parece estar junto a un oso.

—¿De qué te quejas? Luego de los diez kilos que has engordado, yo siento lo mismo cuando te acercas.

—Y otra cosa que me enloquece es que deje mojada la tabla cuando usa el baño.

—¡Cuándo aprenderán que las mujeres tenemos que sentarnos!

—Nosotros, en cambio, no nos sentamos por miedo a encontrarnos con algún recuerdo suyo. Cuando están en "esos días" no sólo se vuelven insoportables, sino también sucias y descuidadas. Más de una vez he llegado al baño y me he encontrado con...

—Podemos cambiar de tema —suplicó Victoria.

Por más de veinte minutos habían tenido que soportar la artillería pesada de los anfitriones y sus más íntimos amigos.

—Yo no me quejo de que Paco suba la tapa del excusado y la olvide así —aportó Tití—. Al menos todavía sube algo... Porque últimamente, en la cama...

Nicolás se atragantó.

¿Acaso esa gente se había amado alguna vez? ¿Qué los obligaba ahora a permanecer juntos?

Por su parte, sus sentimientos hacia Carolina eran tan fuertes que estaba seguro que...

No, no estaba seguro de nada.

—¿Y tú, Victoria? Has estado muy callada... ¿Qué hay con tu marido?... Algún defecto debe ocultar, ¿no?

—Samuel no es como los otros. Sus defectos están a la vista de todos. Son sus virtudes las que oculta con tenacidad. Y esas, querida amiga, no te las voy a contar.

—¡Vamos!... Algo tiene que tener... ¿O acaso me vas a decir que este increíble pelirrojo está tan bueno por dentro, como se ve por fuera? —dijo la anfitriona, mientras se recostaba en Samuel, sentado a su izquierda, y lo acariciaba con una mezcla de juego y deseo.

—Ahora que lo dices...

Todas las miradas se centraron en Victoria.

—Allí donde lo ves, pelirrojo e increíble, como dices tú, Samuel tiene un pequeño defecto. ¡Pequeñísimo! Cuatro o cinco centímetros... ¡Pero a quién le importa el sexo!

—¡Victoria, ¿qué dices?! —exclamó divertido su marido.

—Nada... La verdad, mi amor. No tenemos por que ocultarle a nuestra amiga que eres un amante muy poco

dotado. Incluso no me molestaría si las demás se enteraran. Después de todo, a la única que le afecta es a mí, ¿no es cierto?

Samuel sonrió. Le encantaban los celos de su mujer.

Los dos se miraron con aquella intensidad que les era tan propia. Y todos en la mesa sintieron como una sensualidad fogosa comenzaba a invadirlos.

En otra oportunidad, Nicolás se hubiera sentido molesto al presenciar aquella unión entre los esposos, pero esta vez...

Esta vez aquel deseo lo vivía en primera persona.

Sentada frente a él estaba Carolina. La mujer perfecta. Su mujer perfecta

Y aquella noche, cuando volvieran a casa, iban a estar sin Agustina.

Solos, por primera vez.

* * *

—¿Esa es la nueva novia de Nicolás?

—No que yo sepa.

—¡Menos mal!

—¿Por qué? —se extrañó Victoria.

—Es poca cosa para él. Demasiado morena. Con rostro de niñita, a pesar de que ya debe tener sus años. Confieso que la nariz respingada y los hoyuelos cuando se ríe no están tan mal, pero su cara es demasiado redonda. Además tiene las piernas gordas y los pechos caídos. Nada insalvable, lo reconozco, pero debe cargar al menos seis kilos de más. ¡Y su ropa! ¿Has visto su ropa? Parece que se la hubieran prestado. ¡Qué feo bolso!... Y, por Dios, que alguien me mate si llego a usar unos zapatos así.

Carolina y Tití entraron a la cocina con el resto de los platos, así que la anfitriona se apuró a hacer silencio. Sin embargo, sus palabras habían herido de muerte a Victoria. Y no por la pobre Caro, que, a pesar de las críticas se veía muy bien, sino por sí misma. ¿Qué diría aquella arpía de ella, ni bien se daba la vuelta?

—¡Vamos Victoria! —la enfrentó Tití, obligándola a volver a la realidad—. Samuel debe ser un amante fantástico. Tell us all about your "big O".

—No sé inglés, Tití.

—Te dice que nos cuentes todo acerca de tu "gran O", pero no sé a qué se refiere —tradujo Carolina.

—¡Vamos, niñas!, no se hagan las inocentes...

—Apuesto a que nuestra querida Victoria conoce muy de cerca los placeres del punto "g".

—Esa es una apuesta sobre seguro. Estar al lado de Cohen casi me lo hace estallar a mí. ¡Es tan masculino!

—Desconozco que es el punto "g" —protestó Victoria, a quien ese tipo de comentarios sobre su marido la ponían loca—. Y a menos que se trate del punto de equilibrio de una variable macroeconómica...

—Estamos entre mujeres... ¡No te hagas la idiota con nosotras!

—De verdad, no sé de lo que me están hablando.

—Hablamos de placer. Hablamos de...

—Apuesto a que nuestra querida Victoria es multiorgásmica.

—¿De eso se trata todo esto? ¿De orgasmos? —la joven estaba auténticamente sorprendida—. ¿Qué es el punto "g"?

—¿Acaso no lees "Cosmo", criatura?

—No... Tú, Carolina, ¿sabes qué es eso?

—No —mintió la muchacha, que alguna vez lo había sentido nombrar.

—¿Qué clase de orgasmos tienes, Victoria?

—Como todo el mundo... Placenteros.

—No te hagas la tonta. ¿Clitóricos?... No, apuesto a que son vaginales.

—¡Qué sé yo! —protestó la joven—. No entiendo porque hacer tan complicado algo que es tan fácil...

Olvidada por las demás, Carolina, sin embargo, se ruborizó. ¿Fácil? Para ella el placer nunca había sido fácil. Por el contrario, siempre había sido más bien... inexistente.

¿Cuándo había comenzado a fingir sus orgasmos? Ya casi no podía recordarlo. Y aquellos gemidos para ella no eran una mentira, sino parte de la rutina del sexo. Algo que, como tantas otras cosas en su vida, daba, sin esperar nada a cambio.

—Victoria, apuesto a que cada noche tu cama debe arder.

—Tu apuestas demasiado, Tití. La verdad es que cuando llego a mi cama estoy tan rendida que sólo quiero dormir.

—¿Y el sexo?

—Trabajando más de catorce horas diarias, y con un niño de menos de un año, lo único que te queda es ser muy creativo. ¡No recuerdo la última vez que hice el amor acostada!

"¡Guau!", pensó Carolina, que no conocía más sexo que el que se hacía en la cama y con la luz apagada.

—Todavía no has contestado mi pregunta, Victoria. No te vayas por las ramas. ¿Cómo son tus orgasmos?

—¡Y dale con eso! Como si el placer se pudiera medir en decímetros cúbicos. ¿Qué quieres saber? ¿Qué me pasa cuando tengo sexo?

—Es lo que te estoy preguntando desde que llegamos aquí.

—¿Qué me pasa?... ¿Cómo explicarlo?... A veces sólo es el gusto de sentirme deseada... El sabor de sus caricias recorriendo mi cuerpo. O la sensación de poder que me invade cuando logro provocar su locura, su impaciencia. Otras veces, en cambio, es un remolino que se me mete en el sexo, y me sacude el alma. Y luego esa necesidad sorda de más: más caricias, más besos..., más Samuel. Recorriéndome con sus manos, acariciándome con su lengua... Y luego es tanta la furia, tanta la locura, que ya no puedo parar. Simplemente es como si un camión me pasara por arriba. Es..., es..., indescriptible. Y cuando se acaba, y ya me siento sin fuerzas, basta una sola de sus caricias para que todo vuelva a empezar... Y entonces todavía es mejor.

Fue tan vívido el relato de Victoria, que nadie se atrevió a insistir. Por el contrario, por un mágico instante reinó el silencio en aquella cocina poblada de mujeres.

—Y ahora creo que será conveniente que llevemos el postre antes de que se derrita.

Tití y Nené obedecieron a Victoria sin chistar. Ellas dos ya se habían derretido lo suficiente.

Carolina, en cambio, anclada en un rincón de la cocina, permanecía cabizbaja.

—¿Vamos? —la invitó su amiga.

La joven la miró como por primera vez.

—¿De verdad sientes eso? —le preguntó, sin ocultar algo de dolor en su voz.

—No... Siento mucho más. Pero a estas idiotas sólo les interesa el sexo.

—¿Y todo ese placer que dijiste?

—Más... Mucho más... Tanto, como todo el amor que siento por él.

Por un momento se encontraron los ojos de las dos mujeres.

Y en esa mirada se dijeron muchas cosas. Cosas de esas que jamás iban a ser publicadas en las páginas de una revista.

* * *

—¡Ya está! —exclamó Victoria satisfecha, mientras tapaba la herida de Caro—. ¿Qué te ha dicho el cirujano sobre el corte?

—Que me va a quedar la marca. Dice que cuando una herida en la frente es vertical, siempre queda.

—Es gracioso, porque Nicolás tiene la misma cicatriz, en el mismo sitio.

—No, no la tengo —reclamó el aludido.

—¡Claro que sí!.... Justo en el medio de la frente. ¡Fíjate! Es la marca que te ha quedado de cuando explotó tu departamento.

Obediente Nicolás se observó en el espejo.

Victoria tenía razón. Allí estaba: justo en medio de su frente.

—Y ahora, si mis tareas de enfermera han acabado, me vuelvo al auto antes de que Gabrielito despierte. No veo las horas de acostarlo en su propia cama. ¿Me acompañas a la puerta, Nicolás?

La muchacha se despidió de Carolina, pero cuando iba a hacerlo de su amigo, aprovechó para susurrarle algo al oído.

—No cometas el mismo error. Conócela primero... El sexo sólo confunde —le dijo.

Nicolás se quedó observando a aquella mujer que más de una vez había creído amar, mientras ella se reunía con Cohen y su pequeño.

Sí, sin duda alguna Victoria tenía razón: lo mejor era esperar. Conocerla, para que todo saliera perfecto. Y es que no quería perder a Carolina por algún tonto error. Ella le importaba demasiado. Y a diferencia de lo que había ocurrido con su anterior amante, su joven empleada era una mujer tan perfecta como frágil. Y él, (de eso estaba seguro), no quería lastimarla. Entonces, lo mejor era...

Pero cuando, luego de cerrar la puerta, se dio vuelta y la vio, con su largo pelo negro cayendo sobre su espalda, esos ojos grandes que nunca se atrevían a mirarlo, esos pechos suaves que invitaban a la caricia, y el silencio cálido de sus labios gruesos, supo de inmediato que lo único que quería era meterse en ella. Olvidarse del tiempo y de la vida que lastimaba, perdiéndose entre sus curvas. Sacudirse la modorra de un mundo gris, capturando para sí aquella sonrisa juguetona que lo había atrapado desde el primer día.

Esperar era entonces una opción tan prudente, como imposible.

—Carolina...

—¿Sí?

—¿Adónde vas?

—Iba a acostarme. Pero si me necesitas...

Nicolás hundió en ella sus bellísimos ojos castaños, con tanta intensidad, que la hizo estremecer.

—Sí... Te necesito... —se limitó a declarar.

Y no tuvo que decir más.

Lentamente se acercó a la joven, la tomó entre sus brazos, y la gozó como nunca lo había hecho antes con ninguna otra. Disfrutó su respiración anhelante, su olor a miedo, su aliento fresco, su piel suave y su cuerpo pleno.

Contrariando todo consejo comenzó a besarla.

Y entonces no pudo parar.

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite y suscríbase a nuestro grupo de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Una novela romántica diferente.